

Doctor y Maestro Don Ignacio Montes de Oca y Obregón, actual Obispo de San Luis Potosí?

Así podría yo seguir citando una pléyade de escritores de la más pura ortodoxia católica, como por ejemplo, el sapientísimo prócer de las Letras españolas Don Marcelino Menéndez y Pelayo, quien no ha visto rebajarse su dignidad de «católico á machamartillo,» manejando á diario á los clásicos griegos y latinos, traduciéndolos, comentándolos y expurgándolos para presentarlos á la juventud como eternos modelos de belleza y de educación moral, como en solemne ocasión afirmó en primorosas frases. Por último, cúmplenos observar de una vez por todas, que el SR. GAMBOA no persigue ningún propósito artístico ó literario en su libro, sino tan sólo el religioso y moral; él viene exponiendo una idea, y su principal esfuerzo ha sido el expresarla del mejor modo posible, sin preocuparse poco ni mucho en pulir y acicalar sus frases. Para él, lo principal es la Idea; y además..... ¿qué obra humana hay que esté exenta de defectos?

Gabino de J. Vázquez.



El positivismo filosófico
y su influencia en el estado actual de la
sociedad humana.

I.

SIN remontarnos á los tiempos de Aristóteles, Locke, Condillac y otros muchos filósofos que elaboraron los elementos del positivismo moderno, sólo nos fijaremos en el atrevido pensamiento de Augusto Comte, que en 1798 fundaba en Francia la escuela filosófica que cien años más tarde había de conmovir los fundamentos de la filosofía cristiana.

Sus propagadores Littré y Stuart Mill, han sido tan afortunados, que de 1857 á la fecha, han conseguido casi variar el con

cepto filosófico de muchos siglos, y de aquí es como la ciencia invocada por estos reformadores viene desarrollándose en este sentido.

Aunque la Iglesia católica única depositaria de la verdad eterna ha estado en continua lucha contra el error, éste sin embargo, persiste y se extiende por todo el orbe. Los sabios del mundo se confabulan en su espíritu de percepción contra los dogmas que ella enseña, y el ambiente que hoy se aspira en la ciencia humana, es el materialismo evolutivo.

No pocos son los grandes talentos consagrados á destruir con su ciencia la obra magna de Dios (la Iglesia católica) que ha enseñado y enseña aún las grandes verdades reveladas por quien es Autor de todas las cosas, y quien existe desde el principio sin mutación alguna.

Para el logro del fin que estos persiguen, se han distribuido el trabajo en varios órdenes de la ciencia, y así el naturalista con su transformismo material como el antropólogo, el fisiólogo, etc., de común acuerdo conspiran contra su existencia; tarea revolucionaria que hoy está minando los fundamentos de la sociedad, y

que en nuestro concepto debe mover á todo espíritu de fé religiosa para dar su contingente en favor de una de las causas más santas.

Aunque á nuestra humilde personalidad la consideramos incompetente en el asunto de que tratamos, por ser de un orden superior á nuestra posibilidad, baste, sin embargo, los buenos deseos que abrigamos de tocar una cuestión que plumas mejor cortadas que la nuestra pueden abordar con más seguro éxito y que dejarían satisfecha nuestra aspiración.

En efecto, lo único que ambicionamos es el descubrimiento de la verdad, y así, para afrontar el estudio de esa filosofía que hoy campea en el mundo con pretensiones de variar la faz de la humanidad, se hace necesario compararla con la filosofía cristiana, que entraña para nosotros esa verdad que ansiamos encontrar.

Si buscamos la causa eficiente que produce esa crisis espiritual, por decirlo así, que notamos hoy día y pone á los hombres en condiciones de casi no poder soportar la vida, sólo la encontraremos en esas elucubraciones abstractas, en esa ciencia del hombre en el orden moral, que le hace

perder el concepto primitivo de su origen divino, y le presenta como simple producto de la Naturaleza al través de transformaciones sucesivas hasta llegar al estado actual de humanidad. Así Carlos Darwin con su escuela, seguida por tantos ilustres sabios, no hace otra cosa que demostrar al hombre su común origen con el mono. Ernesto Haeckel su más ardiente admirador, queriendo ir más allá que su maestro, pretende demostrar que todo ser organizado se forma por evolución de la materia, y que éste se perfecciona desde el mineral, el vegetal y el animal, hasta llegar á la especie humana. (Virchow, Maudsley, Spencer) y otros genios del moderno positivismo, cada quien en su esfera, contribuyen eficazmente á cambiar el concepto filosófico, y he aquí, la causa de la crisis de ideas que ya deja sentir en el mundo su influencia disolvente.

Mas tomemos como base las teorías del más inspirado evolucionista; tomemos las de Haeckel que nos parecen las más avanzadas, para analizar y comparar con la expresión sencilla de la filosofía cristiana, y ver si de las teorías transformistas se

desprende la negación de la existencia de Dios, y por consiguiente, de la religiosidad del hombre. Sí; entremos de lleno en esos conceptos de la más elevada filosofía, cuyos misterios están vedados á la criatura humana descifrar y no nos detengamos, sino donde los ilustres pensadores se detengan también. Debemos seguirlos hasta el punto de parada, y averiguar si la luz que proyectan no es luz del fuego fatuo. Así comenzaremos por el análisis de la vida que es lo que más interesa á la humanidad.

El biólogo moderno considera ésta, una lucha constante de fuerzas antagónicas que necesariamente se desarrollan en el ser organizado, á quien considera como una sociedad de elementos organizados, efectuada con el único fin de conservarse; y como estos elementos no pueden ser otra cosa que segmentaciones celulares, tomemos la célula (primer elemento anatómico) como el tipo primordial de todo organismo, y así podremos comparar las teorías haeckelianas, en cuanto á la psicología celular, con las afirmaciones de Moisés inspirado narrador de las Santas Escrituras en el Génesis, ó sea; el primer libro del Pentateuco.

Mientras que Haeckel considera á las células microscópicas seres vivos, independientes, organismos fisiológica y morfológicamente autónomos, perdiéndose entonces las primeras nociones de la vida, Moisés con una sencillez admirable nos habla de la creación universal verificada en seis días, ó sean, seis épocas que la geología y paleontología vienen confirmando con sus nuevos descubrimientos.

Los primeros elementos orgánicos aparecieron en el tercer día, ó tercera época, que es cuando mandó Dios que la tierra produjera hierba verde, ó tierna. Desde entonces comenzó á desarrollarse la vida en el mundo; pero esta era la vida orgánica vegetal. Al quinto día manda el Señor que las aguas produzcan reptiles animados y aves que vuelen sobre la tierra y es desde luego cuando comienza la vida animal.

Al sexto día, ó sexta época, manda Dios que la tierra produzca los animales vivientes en cada género; y como coronamiento de su creación eterna hace al hombre á su imagen y semejanza; pero le forma con los elementos ya creados por él, inspirándole su espíritu divino, para dis-

tinguirlo de los brutos. De manera que plugo á su voluntad soberana crear al hombre de la tierra misma en cuanto á la forma y de su espíritu divino en cuanto á su esencia, y esto constituye su dualidad ó su naturaleza física y moral. *Homo duplex*.

Como todo ser organizado necesita para la vida los mismos elementos que el hombre, en el orden material, y como por otra parte, la ciencia humana en su afán de penetrar los misterios de la creación encuentra semejanzas tan estrechas entre el hombre y el animal, y entre éste y el vegetal, ha fundado la hipótesis de la transformación sucesiva desde el mineral, el vegetal, el animal hasta el hombre, sin tener en cuenta el modo con que Dios quiso crear el universo.

Todos los seres según el Génesis, son producto del agua y de la tierra, ó, lo que es lo mismo, son el producto de la materia, y por consiguiente, siguen ineludiblemente las leyes impuestas á ésta; pero el hombre aunque en parte está sujeto á las leyes de la materia por su naturaleza física, no sucede así en cuanto á su naturaleza moral que es enteramente libre respecto de la acción de aquellas. Por eso

le vemos progresar de un modo distinto á los brutos, y de ahí es que ha podido enseñorearse sobre toda la creación.

II.

Mas sigamos palmo á palmo á ese gran pensador alemán, sigamos analizando sus teorías que aunque no están elevadas al rango de ciencia, son, sin embargo, peldaños puestos para que el hombre del porvenir pueda subir á proyectar focos de luz al mundo.

Haeckel al considerar á las células microscópicas como otros tantos seres vivos, esto es, como organismos perfectos, ¿en dónde puede encontrar el primer elemento de la vida? ¿No es verdad que éste sabio pensador, sin quererlo, reconoce la existencia de un Soberano creador que ha hecho la célula? Podrá decir que esta no es el principio de la materia; que la célula está formada por moléculas y éstas por átomos su última división. Y contestaremos que siempre quedaría en pié nuestra afirmación, puesto que si el átomo es en último resultado el primer elemento de la vida, ¿quién entonces formó á éste? Ne-

cesariamente tiene que resolver éste dilema: ó el átomo debe su existencia á Dios omnipotente Creador de todas las cosas, ó se la debe á sí mismo, en cuyo caso ese será el Dios que no quiere reconocer, con la diferencia de que el concepto que nosotros nos formamos de nuestro Dios sería altamente superior al suyo.

En efecto, la idea de Dios tal como la enseña la Iglesia católica, es la que más satisface las aspiraciones del alma. Saber que existe un Principio Creador, infinitamente perfecto y poderoso, que ha hecho las cosas con un orden tan admirable, que ha impuesto á éstas, leyes inmutables y que ha querido dejar ocultas para que el hombre con el poder de su espíritu fuera descubriendo y admirando su sabiduría en cada una que descubriera, eso sí, apaga nuestra sed insaciable de encontrar ése *algo* que nos arrastra en toda nuestra existencia.

Mas no sucede lo mismo con el materialista que no posee estas nociones. Para él, la espontaneidad ha producido todo lo que admiramos. El mundo, saliendo del caos de un modo repentino, trae el orden, las leyes invariables que lo rigen, y la materia creadora no ha producido más que unos

cuantos ejemplares de organismos, que en su evolución incesante presentan la multiplicidad de los seres organizados, viniendo á reducirse en síntesis general, á un sólo ejemplar, la materia bruta en transformación sucesiva. Ella crea las estrellas luminosas y los planetas, lo mismo que á las plantas y los animales en cuya categoría está incluso el hombre. Su creación es una evolución constante; y hay un encañamiento tan estrecho, tan íntimo, desde el mineral hasta el hombre, que no sería posible la concepción de éste, como tal, sin antes averiguar su evolución ó transformación material.

Los evolucionistas modernos, con Haeckel á la cabeza, han concebido organismos intermediarios entre el vegetal y el animal, para expeditar mejor el desarrollo de sus teorías transformistas, y así podemos agradecerles tanta nomenclatura científica en éste orden.

Haeckel, el más avanzado como hemos dicho antes, descubre los protistos, las móneras y las plastídulas, para poder encañar esa evolución desde el vegetal hasta el hombre; pero al mismo tiempo niega su sanción científica al maestro,

Carlos Darwin, en su pangénesis por considerarla insostenible en la ciencia.

En efecto, la pangénesis doctrina inversa de la panspermia que hoy recibe la acalorada sanción de la ciencia, no puede admitirse ni como hipótesis científica, por estar en abierta contradicción con los hechos de observación. Resta, pues, dirigir la mirada hacia esa doctrina desarrollada y comprobada por el ilustre sabio francés M. Pasteur en su laboratorio, que tanta riqueza ha dado á la ciencia.

Entonces puede considerarse la panspermia como la mejor pregonadora de una verdad que hace más de cuatro mil años era decantada allá en las seledades del desierto. Sí; Moisés instruyendo á su pueblo acerca de la creación universal, le enseñó cómo el Señor había creado á los seres, depositando los gérmenes de vida en todo el universo, para desarrollarse en organismos cuando tuvieren medios de adaptación para la vida. Y así como dispuso la reproducción de todas las especies visibles al hombre, así también plugo á su voluntad Soberana que las especies invisibles entonces, se reprodujeran del mismo modo. De manera que la panspermia en

su rango de ciencia, viene demostrando con el auxilio de poderosos microscopios que no existe la generación espontánea, piedra angular de todo materialismo.

Pues si la ciencia viene demostrando la verdad bíblica, que sin los recursos de investigación con que hoy se cuenta ha pregonado de un modo sencillo esas grandes verdades proclamadas en el día por los sabios, ¿por qué no tomarla como fuente de verdad en sus narraciones? Todavía no se tenía una idea del telescopio, y ya Moisés proclamaba que las estrellas eran tan innumerables como las arenas del mar; no se soñaba siquiera en la geología, y él enseñaba que el mundo fué creado en seis épocas geológicas; no se tenía noción de la Paleontología, y él había dicho que los primeros animales que existieron fueron los invertebrados. Y así, si se examinara atentamente la concordancia que existe entre la verdad bíblica con la verdad científica, se notaría inmediatamente su armonioso enlace; pero siempre que al hacer la comparación, sin ese espíritu de prevención en contra, tuviera en cuenta el pensador la época y el pueblo á quien se dirigía Moisés.

III.

El hombre dotado de inteligencia, para poder descubrir los maravillosos secretos de la Naturaleza creada, ha puesto empeño en hallar todo lo que constituye la creación, y así le vemos en los diversos órdenes de la ciencia desplegar la actividad de que es capaz su espíritu.

De su sed insaciable de adquirir las nociones que ansía poseer, viene esa lucha tripartita que abre á la humanidad los tres campos de la política, del arte y de la ciencia. Lucha que abarcando el conjunto de las aspiraciones humanas, viene á trastornar lo que hay de más íntimo en nuestra vida.

Así, pues, hemos visto surgir del teatro mismo de los acontecimientos á los genios creadores en los tres campos, que son el motivo de la actividad del hombre. Y como los intereses que se ventilan en ellos son de aspiración heterogénea, de ahí viene ese conflicto que divide á la humanidad y la hace estallar á manera de los planetas que se convierten en asteroides por algún brusco choque que recibieran.